

tar, y el celebrante, después de esta oración, los bendecía, recitando al propio tiempo una fórmula deprecatoria prescripta para el efecto. Luego proseguía el canon con las palabras que siguen, las cuales, no sólo se dirigían al Cuerpo y Sangre de Jesucristo, antes bien, á estos mismos frutos.

434. Inmediatamente descubría el cáliz, se arrodillaba, tomaba el Sacramento adorable con la mano derecha, y, sosteniendo el cáliz con la izquierda, practicaba con la Hostia tres cruces sobre el cáliz; dos de las cuales repite á continuación entre éste y el pecho, diciendo: «Por el mis ✠ mo y en el mis ✠ mo cifráis Vos, Dios Padre ✠ Todopoderoso en unión con el Espíritu ✠ Santo todo honor y gloria,» y antes de pronunciar estas tres últimas palabras, levantaba un poco la hostia con el cáliz, al que cubría luego con la patena, finalizando la ceremonia con una reverente genuflexión.

En los primeros siglos de la Iglesia, y aún en los que recorremos, esta elevación se verificaba al pronunciar las palabras *Per ipsum et cum ipso, etc.* lo cual duraría hasta el siglo IX, pues los misales escritos antes de este tiempo, á más de indicarlo no mencionan las cruces que se practican sobre el cáliz. Dos siglos más tarde, se introdujo la costumbre de elevar las sagradas Especies al *Per omnia sæcula* etc., las cuales teníanse levantadas un poco hasta que el coro respondiera: Amén. Práctica fué ésta muy común, como asegura Grunecio (1), pues no solamente fué usada en las iglesias seculares de Alemania, Francia, Italia, España é Inglaterra que la retuvo hasta el siglo XVI, sino también en algunas órdenes religiosas antiguas que la conservan aún.

435. Con la respuesta «Amén» que daba el coro, terminaba el canon. Nótese que durante esta esencial parte del Sacrificio un diácono ú otro ministro agitaba suavemente el Flabelo Eucarístico, del cual hicimos ya mención en el capítulo II del tomo III.

436. La oración dominical, que seguía á continuación del canon, era precedida por el *Oremus* que cantaba el cele-

(1) De offic. Missæ.

brante: «Amonestados, decía, por los saludables mandatos é instrucción del mismo Dios, nos atrevemos á pronunciar:—La oración dominical, que omito porque todos la sabemos de memoria.—El pueblo, que respondía *Amen* al final de la misma oración, oía con suma atención la plegaria siguiente que es como una continuación de la dominical:

437. «Líbradnos, Señor, os suplicamos de todos los males pasados, presentes y futuros, y por la intercesión de la bienaventurada y gloriosa siempre Virgen María, Madre de Dios y la de los bienaventurados apóstoles Pedro, Pablo y Andrés y la de todos los santos—se santiguaba con la patena y la besaba—dadnos propicio la paz en nuestros días para que, ayudados con el auxilio de vuestra misericordia, estemos siempre libres de todo pecado y seguros de toda turbación.»

438. «Por el mismo Señor nuestro Jesucristo, vuestro Hijo que con Vos vive en unión del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos.» Mientras decía estas palabras, tomaba la Hostia de la patena, no sin haberse arrodillado antes, y poniéndola sobre el cáliz, la dividía en dos partes iguales con la derecha, dejando la de esta parte en la patena, y subdividiendo desigualmente la de la izquierda, tenía en la mano la parte pequeña y colocaba la mayor en la patena. Después que el pueblo respondía «Amen,» hacía tres cruces sobre el cáliz con dicha pequeña Partícula, diciendo á la vez: «La paz del Señor sea ✠ siempre con vos- ✠ otros,» á lo que contestaban los fieles:

439. «Y con tu espíritu.» Inmediatamente dejaba caer la santa Partícula en el fondo del cáliz, añadiendo en voz sumisa: «Esta mixtión y consagración del Cuerpo y de la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, sea para nosotros los que le recibimos prenda de la vida eterna. Amén.»

440. Cuando un obispo celebraba el Santo Sacrificio, después de la oración *Libera nos*, tenía lugar la bendición, llamada episcopal, porque era reservada á solos los investidos de este sagrado carácter. De ella dejamos dicho lo conveniente en el capítulo VIII del tomo III.

411. A fin de apaciguar la discordia entre los príncipes cristianos del siglo XIII y XIV, los Pontífices Nicolao III y Juan XXII, que respectivamente gobernaban la Iglesia en estos tiempos, mandaron que el celebrante, luego que en la misa solemne recítase el *Pax Domini*, se cantase el salmo *Lætatus sum*, juntamente con algunos versículos y la oración *pro pace*. Durante la cuaresma y en algunas ferias se cantaban los salmos: *Deus venerunt gentes*, *Deus miseratur*, y *Domine in virtute tua*, con la antifona; *Tua est potentia* y tres oraciones: una por la recuperación de la Tierra Santa, otra por el Papa y por el rey la última; pero tenían lugar antes del *Pax Domini*.

412. Otra laudable costumbre había, que tenía efecto verificada la fracción. Consistía en anunciar las fiestas, los ayunos y otras funciones de la Iglesia al modo que ahora se practica después del sermón ó credo.

413. Después de la oración *Hæc commixtio*, cubría el cáliz, se arrodillaba, é, inclinado ante el adorable Sacramento, teniendo juntas las manos, se daba un golpe de pecho á cada *Agnus Dei*, diciendo: «Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo, ten misericordia de nosotros,» deprecación que repetía tres veces. Su origen, respecto de la liturgia en general, se remonta á los tiempos apostólicos; mas para la Romana, reconoce por autor al Pontífice S. Sergio I. Por los años del Señor de 1200, con motivo de las hostilidades que algunos príncipes hacían á la Iglesia, comenzóse á responder al tercer *Agnus*, *dona nobis pacem*; pues en los tiempos que estamos estudiando, el ministro, respondía *miserere nobis* al *Agnus* que recitaba el sacerdote, así como era práctica general que el clero y el pueblo á una voz cantasen el *Agnus*.

414. La respuesta *dona nobis pacem*, así como la oración *Domine Jesu christe* que vamos á insertar, no se recitaban en las misas de difuntos; en lugar de aquella se colocaba el *dona eis requiem sempiternam*. «Oh Señor Jesucristo, que dijiste á tus Apóstoles: Mi paz os dejo, mi paz os doy; no pongáis vuestros ojos en mis pecados sino en la fe

de vuestra Iglesia, y dignaos pacificarla y adunarla conforme á vuestra voluntad. Que vivís y reináis, oh Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.»

415. Luego de recitada, la cual sin duda trae su origen del siglo X, tenía lugar el ósculo de paz, acerca del que dejamos dicho alguna cosa en el capítulo VIII del tomo III. Pero la liturgia Romana previene además, que antes que el sacerdote la dé al diácono debe besar el altar en medio, entendiéndose por el lugar medio del altar el situado entre la Hostia y el cáliz. En otros lugares, principalmente en Francia, los sacerdotes comenzaron desde el siglo XII, á besar la sagrada Hostia, á fin de recibir sensiblemente la paz de Cristo Señor nuestro, devotísima costumbre que subsistió hasta el siglo XVI. Hubo, no obstante, otras prácticas, basadas en el fervor, que aun duran en algunas Órdenes religiosas, tales como la de los dominicos que besan el cáliz, la de los carmelitas que dan el ósculo á este mismo sagrado vaso y al corporal, y la de aquéllos que la ofrecen á la patena.

416. El ósculo mutuo de paz, que desde los tiempos apostólicos venía observándose en toda la Iglesia, no sufrió alteración alguna, durante los tiempos que recorremos, en las iglesias seculares; únicamente se nota en los siglos XII y XIII algún leve abuso de algunos imperfectos jóvenes cristianos que se propasaban á presentar el ósculo al sexo contrario; sin embargo, no hubo que lamentar tristes escándalos; sólo sí, que Beletto y Durando, que florecieron respectivamente en estos siglos, amonestan á los mencionados jóvenes que no abusen de una práctica tan inocente y santa. Así fueron desarrollándose los sucesos hasta que en el siglo XV, por motivos quizá de algún grave desorden, comenzó á otorgarse la paz mediante la patena, que más tarde cedió á un instrumento denominado portapaz, osculatorio, símbolo de paz etc., influyendo notablemente en este cambio la práctica de algunas comunidades religiosas inglesas, que desde el siglo XIII comenzaron á darla por medio de instrumento. De Inglaterra pasó á Francia y á España y á todo el Occidente, de suerte que en el siglo XVI esta-

ba ya arraigada. Los monjes, según decía Durando (1), no se daban el mutuo ósculo por estar muertos al mundo; mas uno de ellos lo ofrecía al diácono antes de comulgar, como testimonio de unión y caridad mutua.

447. Mientras los ministros del Sacrificio, el clero y el pueblo se daban el ósculo de caridad, el celebrante, encendido vivamente en deseos de recibir al Señor, recitaba secretamente las siguientes oraciones: «Oh Señor Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que por la voluntad de vuestro Padre, y la cooperación del Espíritu Santo disteis vida al mundo, mediante vuestra muerte; libradme por este vuestro sacrosanto Cuerpo y Sangre, de todos mis pecados y de todo mal; y haced que yo me adhiera siempre á vuestros mandamientos y jamás me aparte de Vos. Que con el mismo Dios Padre y el Espíritu Santo, vivís y reináis, oh Dios, por los siglos de los siglos. Amén».

«La recepción de vuestro Cuerpo, Señor mío Jesucristo, que yo, siendo indigno, me atrevo á percibir, no resulte para mí en sentencia y condenación; mas por vuestra misericordia, sirvame de defensa en alma y cuerpo y de saludable medicina. Que vivís y reináis eternamente con Dios Padre, en unidad del Espíritu Santo. Así sea.»

448. Aquí, el ministro de Jesucristo, considerándose menos digno de recibir á un Dios de infinita Majestad y pureza, y después de estar dispuesto en el alma y cuerpo, con las mismas preparaciones que se requerían en la antigüedad para tan excelso fin, excepto la de los baños litúrgicos, que al terminar la Edad Media estaban en desuso y la de la completa vigilia que no siempre tenía efecto, se arrojaba en presencia del mismo Unigénito Dios y al levantarse decía con santo y necesario atrevimiento: «Recibiré el pan del cielo, é invocaré el nombre del Señor.» Entonces, tomando humilde y reverentemente con la mano izquierda ambas partes de la santa Hostia, y asiendo entre el índice y el cordal de la misma mano la patena, se daba con la dere-

(1) Rational, lib. 4, cap. 53, n.º 8.

cha un golpe de pecho, exclamando al mismo tiempo: «Señor, yo no soy digno de que entréis en mi morada, mas decid tan solamente una palabra y mi alma quedará sana.» Esta oración la repetía tres veces, acompañando á cada una un golpe de pecho.

449. Mientras que recibía con reverencia el Santísimo Sacramento, el coro cantaba el *Communio*, que al principio de la Edad Media consistía en una doble antífona y un salmo á propósito para este objeto. A mediados de ella, se dejó de cantar el salmo y se conservó la simple antífona, la cual, en el propio del Corpus, es como sigue: «Cuantas veces comiereis de este pan y bebiereis de este cáliz anunciaréis la muerte del Señor hasta que venga. Asimismo: cualquiera que comiere el pan y bebiere el cáliz del Señor indignamente, será reo del Cuerpo y de la Sangre del mismo Señor. Aleluya». El *communio* se cantaba precisamente á este tiempo, por razón de que habían de comulgar los fieles después de la comunión del sacerdote, y era como un acto de preparación para reavivar la fe y devoción de los mismos. Cuando cesó la comunión pública en las misas solemnes, no tenía objeto el canto del *communio* al tiempo referido, mas por conservar la costumbre, y porque en la misa del Jueves Santo debía comulgar el pueblo, mandóse que se cantara terminada la sunción del Sangüis.

Una vez que el celebrante había repetido tres veces el *Domine non sum dignus*, se santiguaba con la santa Hostia puesta sobre la patena, y añadía: «El Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo guarde mi alma para la vida eterna. Amén.» Á continuación comulgaba la Hostia; meditaba por breve espacio de tiempo sobre el beneficio que acababa de concederle el Altísimo; descubría el cáliz y le adoraba; con la patena recogía luego los fragmentos que hubieran podido quedar en el corporal, los que dejaba caer en el cáliz. Mientras tanto, exclamaba con el real profeta: «¿Qué devolveré al Señor por todo lo que Él me ha dado?» y contestándose á sí mismo, añadía: «Tomaré el cáliz de salud é invocaré el nombre del Señor. Alabándole le invocaré y de mis enemi-

gos me veré salvo.» En efecto; tomaba el cáliz con la mano derecha y, santiguándose con él, decía: «La Sangre de Nuestro Señor Jesucristo guarde mi alma para la vida eterna;» con lo cual terminaba la comunión del celebrante.

450. Muchos Sumos Pontífices comulgaban ambas Especies sentados en su solio y teniendo el rostro vuelto hacia el pueblo, á imitación de nuestro Divino Salvador que consumó el Sacrificio invaluable de su vida cosido á la Cruz y á vista de todo el mundo. Esta acción santísima, significada por el modo indicado de comulgar el Pontífice, no se usa ya en la Iglesia; antes bien, cuando celebra el Papa y distribuye la comunión á los fieles lo practica vuelto el rostro hacia el pueblo; y como se ha de inclinar precisamente para darles el santo Pan, puesto que los comulgantes le reciben en una grada más baja que la del Papa, por eso es por que algunos de los que asisten á su Sacrificio y están algo distantes del altar creen que el Pontífice está sentado, cuando en realidad está de pie (1).

(1) Benedicto XIV. De Sacrific. Miss., lib. 2, cap. 21, §. 4.

CAPÍTULO VII

SUMARIO

451. Frecuencia de la comunión en la Edad Media.—**452.** Percepción de la Eucaristía en ambas Especies y en una sola.—**453.** ¿Cuándo y por qué motivos se prohibió el uso de la Especie de vino á los legos?—**454.** Á quiénes se concedió por privilegio.—**455.** Después de la comunión se ministraba á los seglares una pequeña cantidad de vino.—**456.** Disposiciones para comulgar.—**457.** Confesión sacramental.—**458.** Vigilias.—**459.** *Confiteor Deo.*—**460.** En España se debía rezar el Símbolo de la fe antes de llegarse á la sagrada Mesa.—**461.** Otras circunstancias concernientes al acto de la comunión.—**462.** En algunos lugares se comulgaba varias veces en un mismo día.—**463.** Quiénes eran excluidos de la comunión?—**464.** Sigue el acto de la comunión.—**465.** *Quod ore sumpsimus.*—**466.** Abluciones; de qué modo se practicaban en estos tiempos?—**467.** *Communio.*—**468.** Salutación al pueblo.—**469.** *Postcommunio* y colectas.—**470.** *Ite Missa est.*—**471.** ¿Cuándo se decía?—**472.** Bendición del presbítero celebrante al pueblo.—**473.** Si estaba presente un obispo la daba éste.—**474.** Evangelio de S. Juan.—**475.** Cántico de los tres niños y preces.—**476.**—Observaciones.

451. Ciertamente es, sin género de duda, que, pasados los tres primeros siglos de fervor, la frecuencia de la recepción del Cuerpo y Sangre de Jesucristo fué haciéndose de cada día más rara, debido á la lenta desmoralización que iba